

América Latina y la geopolítica 'Soft Power' de Europa

Por Fredo Arias King

El Tratado de Roma (1957) y el *acquis communautaire* dieron la impresión de que la UE sabe abiertamente de la política y políticas económicas responsables. Sin embargo, estas verdades aplicadas rigurosamente para los aspirantes a Estados Miembro no parecen servir de guía para las relaciones con América Latina. La política, si es que existe una, parece en su lugar una mezcla de condescendencia, apaciguamiento, confusión e incluso ánimo a comportamientos inaceptables. Bruselas diagnosticó hábilmente los regímenes de Vladimír Mečiar y Leonid Kuchma, pero no hace lo mismo del otro lado del Océano. Más aún, el comportamiento de los países del eje chavista contradice a políticas oficiales más recientes de la UE, mientras la Comisión Europea sostiene que los principales objetivos incluyen la lucha contra la corrupción y “contribuir al desarrollo de un contexto estable y predecible para ayudar a los países latinoamericanos a atraer más inversiones europeas” (Comisión Europea 2005).

Este Documento argumenta a favor de reenfocar el compromiso de la Unión Europea en América Latina lejos de la contemporización de los emergentes regímenes antiliberales y hacia un activo apoyo a las fuerzas liberales, consistentes con la filosofía fundadora de la Unión Europea y con sus objetivos políticos y su futuro geopolítico.

Fredo Arias-King es el fundador del Journal académico trimestral *Demokratizatsiya: The Journal of Post-Soviet Democratization*, publicado desde 1992 en Washington, DC. Es analista en dos centros de estudio regionales: CEON (Miami) y CADAL (Buenos Aires). Es autor del libro *Transiciones: La experiencia de Europa del Este*.



En la lista de prioridades políticas de la Unión Europea, América Latina probablemente aparezca en el sexto lugar, luego de la misma UE, Estados Unidos, Rusia, Medio Oriente y el auge de Asia. Más aún, la UE y algunos de sus Estados Miembros más grandes no han jugado un rol completamente positivo en la región y en su lugar aparentan seguir viéndola como el premio en un juego geopolítico de poca intensidad con Estados Unidos. Subyacente a este pronóstico, está la creencia de que América Latina es una víctima genuina de su poderoso vecino del norte, una creencia que probablemente sea el reflejo de la culpa y el paternalismo de la historia colonial de Europa.

Sumado a la baja prioridad y al confundido enfoque, Bruselas y los 27 Estados Miembros parecen satisfechos con subcontratar para sus relaciones con Latinoamérica, a Madrid y quizás Lisboa, que a su vez no han sabido manejar esta oportunidad.

Esto es una lástima, ya que una UE centrada y realista podría jugar un rol crucial en el Hemisferio Occidental. Esta es la única región del mundo que aún podría ser susceptible de una influencia positiva de la UE – y las elites empresariales europeas parecen comprenderlo mejor que los políticos. Al evitar complejos paternalistas y de gran poder y en su lugar recurrir a su historia reciente de transiciones exitosas y una posición relativamente alta en nuestras elites aquí, una transformación de América Latina influida por la UE probaría ser fructífero para el éxito de largo plazo de la UE misma. Idealmente, Praga está mejor equipada que Madrid para esta tarea – dada la voluntad política correcta – y Cuba podría ser el principal vehículo para alcanzar esta transformación. Como con la campaña para otorgarle el Premio Sakharov del Parlamento Europeo al principal disidente de Cuba, este esfuerzo podría estar encabezado por el Partido Popular Europeo junto con los conservadores y liberales de la UE.

La tormenta unificadora de América Latina. A diferencia de Europa del Este y ahora de Rusia, el Lejano Oriente, el Sur de Asia e incluso puntos aislados de Medio Oriente, que evidencia una fuerte trayectoria ascendente en lo económico e incluso en lo político, América Latina parece estar atascada en punto muerto. Hay algunos momentos brillantes de decisión y reforma, pero en líneas generales la región está estancada económica, social y políticamente. Para peor, nuevamente se ha convertido en un campo de batalla geopolítico, con hombres fuertes locales diseminando su modelo anti-liberal al resto del Hemisferio, nuevamente en alianza y con la alianza potencial con potencias extranjeras que buscan minar los valores Occidentales – y no sólo aquellos representados por Estados Unidos.

América Latina parece carecer de la voluntad o las herramientas para reformarse a sí misma. Mientras las fuerzas anti-liberales tienen sus líderes pan-regionales en La Habana

y Caracas, las fuerzas democráticas carecen de un líder y un modelo. Hasta carecen de amigos.

Varios presidentes de la región habían puesto sus esperanzas de contrarrestar el *chavismo* y el *castrismo* en Vicente Fox, el carismático ejecutivo ranchero que se parecía al héroe de cine mexicano Jorge Negrete, amado en toda América Latina. Pero fueron decepcionados. La primera visita de Fox como presidente electo a mediados de 2000 fue a la embajada cubana para hacer las paces, seguido de un viaje a Nicaragua, donde se abrazó con el ex dictador Daniel Ortega (quien utilizó ese encuentro en sus avisos de campaña) y luego a Chile, para alabar al derrocado presidente de izquierda Salvador Allende en su conmemoración. Fox se rodeó casi por completo de elementos del régimen anterior, incluso de supuestos criminales. Más tarde, también se dijo que su primer ministro de Relaciones Exteriores habría trabajado para la inteligencia cubana en el pasado.

Lamentablemente, Fox no es la excepción. Un estudio en curso realizado con colegas en el resto del Hemisferio Occidental revela que sólo una minoría de los presidentes de Latinoamérica de los últimos 100 años podrían considerarse como buenos líderes – del tipo que los países de la UE dan por hecho – que combinen sólo tres cualidades básicas: honestidad, legitimidad y competencia. En nuestros primeros resultados preliminares, sólo 20% pasó el examen, mientras el resto demostraba incompetencia, ilegitimidad o corrupción, pero muchas veces la combinación de las tres. En México, por ejemplo, sólo dos presidentes en los últimos 100 años combinan las tres cualidades según nuestro (claramente subjetivo) estudio preliminar.

Probablemente, el mayor líder de la historia de América Latina haya sido Juscelino Kubitschek, presidente de Brasil a fines de la década de 1950. Aunque poco conocido fuera de su país, este modesto visionario es afectuosamente recordado como el padre del Brasil moderno y sirve como una figura unificadora aún en la actualidad. Si bien no fue precisamente un estricto conservador fiscal (aumentó la deuda) ni un ambientalista (al mudar la capital al interior destruyó partes del Amazonas), el demócrata Kubitschek realmente puso al país en el mapa de las potencias industrializadas, invitando a inversores extranjeros (principalmente de la industria automotriz), forjando una relación especial con los Estados Unidos de Dwight Eisenhower. Más tarde murió como un activista demócrata intentando que Brasil regresara al estado de derecho. Él es prueba de que América Latina podría realmente convertirse en amo de su destino con un buen liderazgo.

Pero hay otros como él, incluyendo una hilera de líderes gubernamentales en El Salvador, Chile y Costa Rica, más el serio (y muy popular) Álvaro Uribe en Colombia. Con la ayuda de Washington, están en el umbral de construir economías liberales y sirven de amortiguador contra el contagio populista. No resulta sorprendente que en estos

países sea donde los líderes empresariales europeos eligieron dirigir sus inversiones.

El presidente de Venezuela, Hugo Chávez, admite abiertamente financiar a subversivos en cualquier parte – el presupuesto nacional de su país incluye el ítem de “grupos alternativos” en países objetivo como México. Sin embargo, el presidente mexicano Felipe Calderón puso como prioridad el reestablecimiento de las buenas relaciones con La Habana y Caracas, negándose a criticar sus acciones. De hecho, México (y en general la región) parece incapaz de comprender las implicancias de esta nueva tendencia – esperando apaciguarla en su lugar.

Calderón debería pensarlo dos veces. Como en tiempos soviéticos, México representa el mayor premio para la izquierda antiliberal – por su tamaño, su frontera norte y su estatus de “superpotencia cultural” en el hemisferio. El aliado de Chávez perdió estrechamente la elección presidencial frente a Calderón en 2006, a pesar de los millones de dólares enviados por su patrocinante. Si la izquierda antiliberal llegara eventualmente a tomar el poder, queda poco claro si México permitiría que sus instituciones fueran desmanteladas o su Congreso reemplazado por una “asamblea constituyente” marioneta como sucedió en Venezuela, Ecuador y Bolivia; o si un presidente de izquierda se haría a un lado de ese esfuerzo como Luiz Inácio ‘Lula’ da Silva en Brasil. En cualquier caso, un vecino del sur, perturbado y violento, probablemente provocaría que Estados Unidos finalmente cierre sus fronteras ante las olas humanas que seguramente aumentarían por encima de los 300.000 inmigrantes anuales de la actualidad – como sucedió en Cuba, Nicaragua, Venezuela y otras naciones donde gobiernos similares llegaron al poder. Mientras México hoy abraza sorprendentemente pocas ambiciones geopolíticas, esto podría cambiar fácilmente con un gobierno de izquierda antiliberal y sus asesores cubanos y venezolanos.

La UE entre Munich y Maginot. La Unión Europea es un gran experimento que ha inspirado a las elites y al pueblo por igual en partes alguna vez inhóspitas de Europa a reinventarse por el bien de unirse a este prestigioso club. Si se discute su valor económico, pocos dudan que la UE ha transformado a su vecindario inmediato en lo que el académico de Harvard Joseph Nye llama ‘soft power’ (poder blando).

Pero a pesar de sus esfuerzos y recursos, la UE esencialmente fracasó en diseminar ese poder blando más allá de Europa. Dejando de lado a Turquía, hay poca evidencia de que la UE haya influido sobre Medio Oriente, incluyendo al Norte de África. Rusia contrarresta activamente el poder blando de la UE en Serbia y Bielorrusia, y se está convirtiendo en un factor divisorio en la UE. El poder blando de Inglaterra de la época colonial en India y Hong Kong (cuyo ejemplo sirvió a los reformistas de China como Deng

Xiaoping) probó ser muy fructífero para el destino de esos dos gigantes y por lo tanto para el mundo, pero es poco probable que la UE vaya a tener gran influencia sobre ellos en el futuro.

Mientras muchos ven a la UE como el contrapeso de los Estados Unidos, líderes más ilustrados se dan hoy cuenta de que en un mundo que incluye a China, India y ASEAN (Asociación de Naciones del Sureste Asiático), la UE debería verse como parte de una familia global que incluya a otras democracias liberales en alianza contra los desafíos renacientes. Esto probablemente incluirá a Estados Unidos y a Canadá, más otros miembros del “Occidente político” como India y Japón. La gran masa terrestre que es América Latina podría inclinar la balanza hacia uno u otro lado, y actualmente está disponible para todos – sin embargo uno no pensaría que es así al ver las políticas oficiales de la UE y sus principales Estados Miembro para esta región.

El Tratado de Roma (1957) y el *acquis communautaire* dieron la impresión de que la UE sabe abiertamente de la política y políticas económicas responsables. Sin embargo, estas verdades aplicadas rigurosamente para los aspirantes a Estados Miembro no parecen servir de guía para las relaciones con América Latina. La política, si es que existe una, parece en su lugar una mezcla de condescendencia, apaciguamiento, confusión e incluso ánimo a comportamientos inaceptables. Bruselas diagnosticó hábilmente los regímenes de Vladimír Mečiar y Leonid Kuchma, pero no hace lo mismo del otro lado del Océano. Más aún, el comportamiento de los países del eje chavista contradice a políticas oficiales más recientes de la UE. La Comisión Europea sostiene que los principales objetivos incluyen la lucha contra la corrupción y “contribuir al desarrollo de un contexto estable y predecible para ayudar a los países latinoamericanos a atraer más inversiones europeas” (Comisión Europea 2005). Sin embargo, según la organización con base en Berlín, Transparency International, Venezuela es una de las naciones más corruptas del mundo, y las empresas europeas se han mantenido a distancia de los países que han caído bajo la influencia de las maquinaciones venezolanas y cubanas. Chávez hostigó a las empresas europeas, incluso las provenientes de países que halagan.

Si bien no lo dirán abiertamente, las elites latinoamericanas (tanto liberales como tradicionalistas-conservadoras) de hecho ansían una figura externa a la que puedan seguir, pero esa figura no ha aparecido aún. Al único que tienen es a Washington, que al menos ha sido bastante consistente (desde el Presidente Ronald Reagan) en su enfoque hacia la región – a diferencia de España u otros potenciales pretendientes. Al igual que Estados Unidos fue un impulso importante para la unificación europea luego de la Segunda Guerra Mundial (a través de las condiciones de la ayuda del Plan Marshall y otros mecanismos), la UE también puede

proveer el catalizador externo y el rol de líder a un grupo de naciones que sino serían mutuamente desconfiadas y pendencieras.

Huelga decir que América Latina comparte con Europa el mismo ethos greco-romano y cristiano, aunque sin las tonalidades de la Ilustración o la Reforma. Del colonialismo y mercantilismo español y portugués al constitucionalismo francés, a las guerras napoleónicas que dieron paso a la independencia, a la inmigración de millones de europeos, a considerables inversiones, la conexión umbilical de América Latina con Europa es innegable. A su tiempo, la región puede empujarse hacia la reforma con los mismos instrumentos utilizados en las partes anteriormente posteriores de Europa. A diferencia de los complejos usuales utilizados contra Estados Unidos, la respuesta latinoamericana al consejo europeo y canadiense es bienvenido y abierto – aún si el consejo sencillamente imita al de Washington.

El poder blanco europeo ya entra en América Latina a través de canales inesperados – de la exposición de las elites a sus países de origen, a las asesorías del Fondo Monetario Internacional, al creciente comercio. Pero de la misma forma en que las selvas fueron consideradas “tierras baldías” por los economistas del desarrollo, la UE política falla en apreciar el verdadero valor de una Latinoamérica liberal, juzgando por su indulgencia hacia demagogos y su casi inexistente asistencia a los actuales y potenciales Kubitscheks.

Tomemos por ejemplo las misiones de observación de elecciones, la única área en la que la UE podría contribuir directamente frustrando la difusión del antiliberalismo. En lugar de rastrear y denunciar las decenas de millones de petrodólares venezolanos que apoyan a los agitadores de izquierda en otros países, o la desinstitucionalización, violencia y el fraude electoral que siguió sus victorias, la UE, en su lugar, esencialmente aprobó esas tomas de poder. Las misiones de observadores de la UE en Venezuela y Ecuador están sujetas a críticas (ver por ejemplo Castilla 2008), pero el caso de México también es ilustrativo.

En una elección crucial en el país de habla hispana más grande del mundo, en julio de 2000, Europa estuvo bastante ausente (excepto por las cálidas palabras del legendario polaco Lech Wałęsa desde la lejana Gdańsk en apoyo a Vicente Fox). En un encuentro preparatorio de embajadores de la UE y observadores electorales, el consenso básico era hacer la vista gorda al esperado fraude electoral que habría instalado el oponente a Fox – el ex jefe de la policía secreta y candidato del partido de gobierno en poder por 70 años – en el gobierno. Un embajador clave de la UE comentó que, con fraude y todo, esa elección sería un paso adelante para la historia de México. La única excepción a la actitud displicente de estos funcionarios europeos fue el académico y político italiano Rocco Buttiglione, quien por sí solo forzó a la maquinaria de la UE a firmar el pendiente Acuerdo de Asociación UE-México – quizás un factor que obligó al

Presidente Ernesto Zedillo a reconocer inesperadamente la victoria de la oposición (Típicamente, la UE no capitalizó este logro accidental, pero no poder trivial).

Si bien la postura oficial de Estados Unidos no era mejor (la administración Clinton y los dos candidatos también tácitamente apoyaban el régimen de partido único en esas elecciones), la Ciudad de México rebosaba de estadounidenses importantes de los partidos demócrata y republicano para ayudar a los reformistas. A pesar de los generosos presupuestos y cumbres, la UE está bastante ausente en esta región en momentos cruciales – en contraste con Estados Unidos.

Peor aún, los pocos políticos y ONGs de la UE que son activamente consistentes hacia este lado parecen estar comprometidos a retrotraer el progreso difícilmente logrado que se realizó hacia la democracia y el estado de derecho. Fidel Castro y ahora Hugo Chávez pueden contar con el apoyo inmediato de cancilleres en Europa – como ser el muy importante del Primer Ministro español José Luis Rodríguez Zapatero. Sin embargo, las fuerzas de la UE que simpatizan con un modelo alternativo difícilmente se han movilizadas para contrabalancear esta influencia. Más allá de Václav Havel y unos pocos Cassandras y “gritones” (para utilizar el inolvidable término de Arthur Koestler), la UE ha proyectado una imagen hacia América Latina que traiciona algunos de sus peores instintos y tradiciones. Más aún, los regímenes antiliberales en Latinoamérica han sido bastante adeptos a dividir no sólo a la UE de Estados Unidos, sino también a apalancar las divisiones internas de la UE.

El fracaso del enfoque de Rodríguez Zapatero (y por extensión, el de la UE) resultó evidente durante el concurso de gritos entre el Rey Juan Carlos de Borbón y Hugo Chávez en la Cumbre Iberoamericana en Santiago de Chile. Sin embargo, el problema debió haberse percibido antes, durante los numerosos abusos previos de Chávez, inclusive, de forma contundente, sus observaciones antisemitas y su posterior abrigo a las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia).

Rodríguez Zapatero indicó que le gustaría recomponer el rol decreciente de España en la región, en cuyo caso sus aliados naturales serían las elites de corriente conservadora, que tienen una afinidad natural por (y ancestros en) la Península Ibérica, no en Irán, Rusia y China – que están convirtiéndose en competidores estratégicos en el hemisferio, no sólo de los Estados Unidos sino principalmente de España y sus intereses financieros. La política autodestructiva de España debería convencer al resto de la UE de quitarla del puesto de conductor de la política hacia América Latina para que esas relaciones no continúen pareciéndose a las de dos neuróticos.

Como su principal (algunos dirían único) activo es el poder blando, la UE no estaría bien asesorada si continuara buscando una política exterior inconsistente con los valores

internos que la mantienen unida. Estados Unidos puede darse el lujo de seguir dobles estándares en su política exterior. Pero para la UE, tolerar e incluso promover comportamientos despóticos en Moscú o La Habana o Yerevan o Caracas, eventualmente tendrá un efecto boomerang. ¿Y si uno de sus Estados Miembro se comportara de esa forma? ¿Cómo harían con, digamos, un Chávez rumano? ¿Madrid también lo halagaría?

Más allá de una vaga idea de democracia global y bien común, la UE debería apoyar las fuerzas liberales (o, en otro caso, las conservadoras o tradicionalistas) en América Latina por otras dos razones realistas por encima de la cohesión interna mencionada previamente: para despuntar la difusión de los valores anti-Occidente que también amenazan a la UE, y para proteger los intereses financieros de la UE en la región.

Rara vez se nota que Chávez y Castro representan una afrenta directa hacia la UE—al entrenar y financiar insurgentes como el POLISARIO en el Norte de África, su amenaza de nacionalizar los bancos españoles, su unión con el islamismo radical y con los narco-terroristas colombianos, su apoyo a Alexander Lukashenko con 500 millones de dólares y su desaire hacia la democracia europea. Su apoyo en algunos círculos clave de la UE parece paradójico pero no muy sorprendente, dado el tradicional fetichismo por los hombres fuertes de los Estados Miembro más grandes. No sería la primera vez que la UE es llamada a elevarse por encima de la pequeñez de sus Estados Miembro.

Desde el punto de vista de los negocios, la UE necesitará cada vez más a América Latina en las décadas venideras, por varios productos estratégicos (como los biocombustibles). Es probable que florezcan las inversiones y el comercio pero sólo si las fuerzas y las ideas liberales echan raíces en la región. Los políticos de la UE harían bien en fijarse hacia dónde van las inversiones de la UE: hacia los regímenes liberales.

La industria y la inversión han colapsado tradicionalmente cuando la izquierda demagógica toma el poder, debido a la nacionalización de la industria, el control de precios, las restricciones a las exportaciones, la corrupción y la forzada re-priorización geopolítica. Venezuela hoy experimenta una forma de desindustrialización e incluso de escasez de alimentos en medio del auge del petróleo — mientras crea una oligarquía parasitaria roja y destruye la clase media. Aún cuando países o empresas individuales de la UE negocien tratamientos o garantías especiales con un déspota (como con los gasoductos de Moscú), la UE sufre en su totalidad. En cualquier caso, el derecho percibido de España de tutelar puede ser inapropiado. Como diría el pensador español (y fundador de la Internacional Liberal) Salvador de Madariaga, América Latina no es una hija de España, sino, América Latina más la España actual son el vástago de una España que ha dejado de existir hace mucho tiempo. Su nieto, alto representante de la UE Javier Solana, ha atendido

sabiamente su consejo y ha demostrado congruencia hacia Latinoamérica — a diferencia de la nueva generación de los Socialistas españoles.

¿Cuba al rescate? Paradójicamente, pero con bastante realismo, Cuba podría convertirse en una fuente de inspiración para América Latina. Pero en lugar de inspirar el equivocado romanticismo rousseauiano, la demagogia corrupta y las guerrillas, ahora la isla podría dar esperanza a aquellas fuerzas que intentan reformar el hemisferio. También podría ser el principal conducto para el poder blando europeo en el resto de la región.

Hasta el momento, sólo Chile dio (aunque de mala gana) un modelo para las fuerzas reformistas de la región. Costa Rica es también por momentos vendida como ejemplo de una democracia socialmente sensible — aunque aún es básicamente pobre. Todos los demás ejemplos son demasiado profundamente defectuosos como para ofrecer cualquier tipo de modelo.

Cuba podría utilizar su transición pendiente desde el comunismo para escapar a las patologías culturales del latinoamericanismo, al igual que otras tantas naciones con el aún más pernicioso “centro-europeismo” de conflicto interétnico, militarismo, pobreza y guerra. La única democracia al Este de Suiza en el período de la inter-guerra fue la Checoslovaquia de Tomáš Masaryk. Sin embargo, hoy hay más de una docena de democracias en funcionamiento en la región — países que se aprovecharon del buen liderazgo y de un consenso social para reinventarse drásticamente. La transición del comunismo brinda esta oportunidad, si las elites se aprovechan de lo que Leszek Balcerwicz llamó la “ventana de oportunidad”, antes que la luna de miel de política extraordinaria de paso a la rutina restrictiva de la política común.

Si una Cuba post-autoritaria decide ir más allá de una transición mediocre *status-quo ante* y halla el coraje para modelarse como la Estonia del Caribe, entonces las implicancias para el resto del hemisferio serían profundas. Una Cuba con un Havel o un Mart Laar como presidente, que implemente reformas administrativas, impuestos bajos y llanos, comercio abierto, reformas bancarias rigurosas, disciplina fiscal, bajo endeudamiento, derechos de propiedad y una justa privatización, que incluso quizás se una a la OTAN como forma de reformar su hinchado ejército — esta Cuba podría ver tasas de crecimiento estilo asiático y una ubicación drásticamente mejor en el Índice de Desarrollo Humano de la ONU (como sucedió con Estonia), catapultándose así de paria a Mesías en el resto del hemisferio. Esto no implica que sólo de esta forma se pueda reinventar un país latinoamericano — también hay casos a nivel mundial de mejoras drásticas a través de la política convencional, como Irlanda en la década de 1990. Sin embargo, el tipo de figuras políticas necesarias para lograr algo como el milagro irlandés

escasea en la región. De todas formas, deberíamos tener fe en el efecto dominó que podría tener una Estonia caribeña. Probablemente la política más constructiva de la UE hacia América Latina sería utilizar el poder blando de sus exitosas transiciones democráticas para entrenar un cuadro de disidentes en Cuba y en Venezuela. Las reformas económicas decisivas que se están tomando en varios países post-comunistas serán más importantes que las de España, cuyas reformas fueron principalmente realizadas durante Franco. Los Estados Miembro ya han formado espontáneamente grupos que la UE haría bien en apoyar. Por ejemplo, el Comité Internacional para la Democracia en Cuba (CIDC) fundado en Praga en 2004 por iniciativa de Havel, José María Aznar y la Fundación People In Need une a algunos de los principales líderes de transiciones de la región más algunos de América Latina: Philip Dimitrov de Bulgaria, Patricio Aylwin de Chile, Laar de Estonia, ex líderes de Costa Rica y Uruguay además de legendarios activistas como Adam Michnik de Polonia y Yelena Bonner de Rusia. El Instituto Lech Wałęsa en Varsovia y el Respekt Institute en Praga formaron un programa para estudiar América Latina y asesorar a gobiernos regionales sobre políticas – especialmente las de República Checa, que está programado que ocupe el asiento presidencial rotativo de la UE el año próximo. De hecho, Praga ha hecho mucho más para desplegar el poder blando de forma positiva en América Latina que lo que haya hecho últimamente Madrid. Y a diferencia de Madrid, cuya política latinoamericana es rehén de las luchas políticas locales (incluso dentro del Partido Socialista), Praga ha sido consistente en todas las coaliciones de gobierno.

Notas

de Castella, Tom. 2008. 'The Truth about European Union Election Observers in Venezuela'. *The Sunday Times*, 10 February.

EU Commission. 2005. Press release for European Commission, *A Stronger Partnership between the European Union and Latin America*, COM (2005) 636 final. Online at http://ec.europa.eu/external_relations/la/news/ip05_1555.htm; accessed 8 April 2008.

Si bien las fuerzas despóticas en América Latina las condenarán por “racismo” o “neo-colonialismo”; el EPP, los Conservadores y los Liberales de la UE podrían tomar la iniciativa despilfarrada por la Internacional Socialista. Trabajarían no sólo con sus contrapartes ideológicas latinoamericanas, sino también con los genuinos y saludables socialdemócratas de la región, a quienes los socialistas españoles y muchos de sus camaradas europeos han decidido curiosamente relegar al asiento trasero. Estos socialdemócratas incluyen a fuerzas representadas por figuras tales como Ricardo Lagos en Chile, Oscar Arias y Luis Alberto Monge en Costa Rica, Fernando Enrique Cardoso de Brasil, más sus contrapartes venezolanas y cubanas (los ex presos políticos Vladimiro Roca y Huber Matos). Elocuentemente, la Social Democracia venezolana favoreció abiertamente la derrota de los socialistas españoles en las elecciones de marzo de 2008, sólo para que Europa dejara de condonar a Chávez.

El objetivo debería ser reorientar la política de la UE hacia una estrategia útil, pragmática, dura y realista para Latinoamérica: apoyar a los Kubitscheks. La UE podría ser el factor que determine si América Latina evoluciona de su adolescencia del mundo Occidental hacia uno de sus activos estratégicos. América Latina cambiará cuando sus valores cambien, y para eso se necesita liderazgo.

Por el bien de la UE y el resto del Occidente político, Latinoamérica debería seguir sus exóticas tradiciones culinarias, folklore y vibrantes culturas, pero como cualquier buen matrimonio, debería hacerse refrescantemente “aburrida” en los asuntos de la vida diaria.